



el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Hijos de la modernidad: devotos del progreso y esclavos de la tecnología

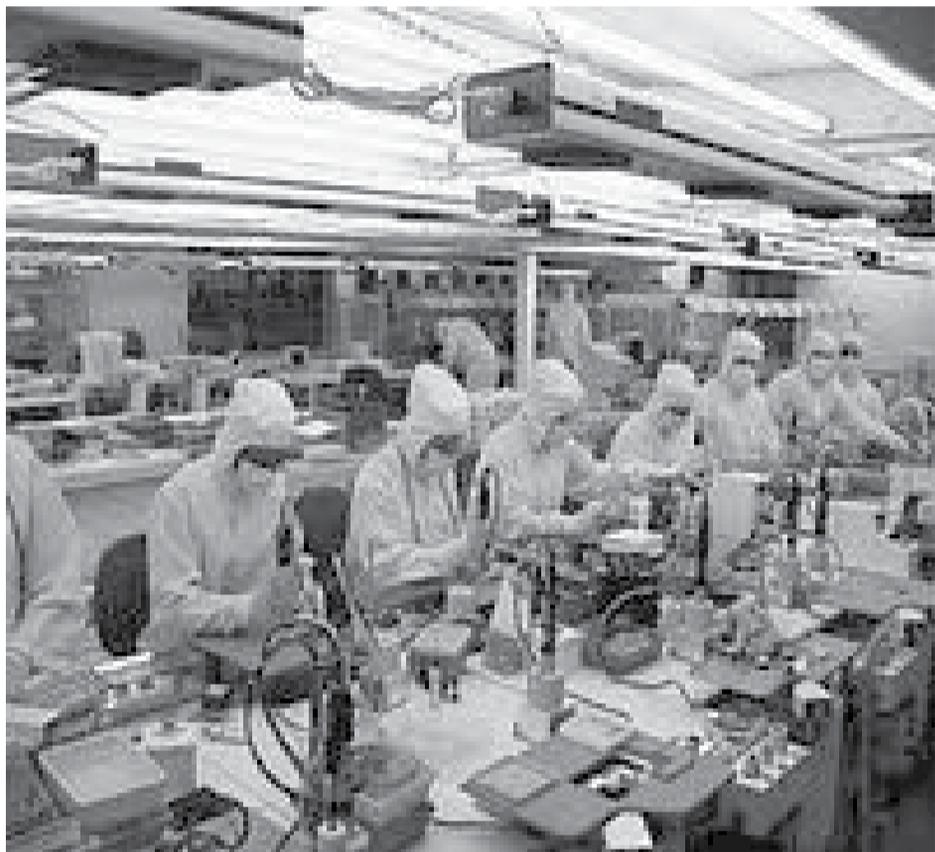
Mtro. Israel Lazcarro Salgado
INAH-Morelos

Al menos desde finales del siglo XIX, durante el porfiriato básicamente, la *modernidad* se convirtió en lugar común del discurso político en México: gobiernos de derecha y de izquierda, candidatos y funcionarios, nos han suministrado el noble paradigma de la modernidad como horizonte supremo al cual nuestra sociedad debe aspirar.

Ciertamente, el siglo XX en México, fue el siglo de las más visibles y contundentes realizaciones de la modernidad. Paradójicamente, de la misma forma que una utopía, la modernidad está en el horizonte: en ninguna parte, pero siempre ahí ante nosotros, como un ideal que es posible alcanzar con esfuerzo. Si México ha sido sometido sexenio tras sexenio, a un intensivo programa de modernización, no deja de sorprender que “aún” no seamos una nación plenamente “moderna”. Se nos habla de atrasos, de figuras obsoletas, de atavismos culturales. Finalmente: ¿cuándo seremos modernos? Responder a ello, nos lleva inevitablemente a la pregunta ¿qué significa *ser moderno*?

Desde luego, estas líneas no podrían responder semejante pregunta, con la extensa gama de connotaciones de orden filosófico, sociológico y antropológico que cruzan el discurso en torno a la modernidad. No podremos eludir sin embargo, que la *modernidad* entraña un *proyecto*, mucho más complejo. Podríamos responder tentativamente, que comúnmente se entiende por “moderno” a lo reciente, lo nuevo. No me detendré en el desarrollo etimológico de esta palabra (vinculada con “modo” y “moda” ya desde tiempos romanos), baste por ahora subrayar su pesada carga filosófica. La primera vez que se habló de que vivíamos una era moderna, fue en el siglo XVII. Si bien *modernus* ya era una palabra aplicada a lo nuevo, desde el siglo VI d.C., e incluso desde antes (en el siglo I d.C.), por oposición a lo *antiquus*, fue en el siglo XVII cuando el historiador y filósofo Cristóbal Celarius, en 1685, dividió a la historia en: “Edad Antigua”, “Edad Media” y “Edad Moderna”, siendo aquel siglo barroco, un tiempo “moderno”. Sin embargo, no fue entonces que se aplicó este vocablo con el sesgo valorativo que hoy todos reconocemos: su aplicación en esa tónica es previa, pues data del siglo XII (en plena “Edad Media” en términos de esta “Historia”), cuando Gualterio Map entendió *modernitas* como ruptura cualitativamente benéfica. En aquellos años, se trataba de una ruptura y distanciamiento crítico en relación al orden cristiano feudal entonces dominante. La fe cristiana se “secularizó” en las universidades medievales, y buscó precipitar la Parusía (el idílico Edén del Final de los Tiempos) en un tiempo humano secular, propio de una sociedad urbana que buscaba librarse del tutelaje feudal y eclesiástico. Desde entonces, los filósofos, y luego los científicos (y finalmente los políticos), han estado elaborando y reelaborando lo que se supone es “moderno”.

Antes de seguir, tengamos en cuenta que la modernidad ha sido vinculada más con una *actitud filosófica* frente a las cosas, un “punto de vista”, que con una cualidad de los objetos. Tal ha sido el debate filosófico en torno a la subjetividad: desde el siglo XVII, la filosofía moderna reconoce al sujeto como artífice de sus percepciones,



En la línea de producción.

creador de su mundo, y no sólo pasivo testigo del mundo externo. Es curioso que esta ruptura filosófica enclavada en torno al sujeto, por la vía del racionalismo kantiano, haya sido ignorada por ese mismo racionalismo positivista, que en el siglo XIX creyó observar el mundo “objetivamente”.

Para muchos hoy en día, modernidad es una palabra ligada con “progreso”. Pero la misma pregunta vuelve sobre nosotros: ¿qué es progreso entonces? Y de nueva cuenta, volvemos sobre los atributos del progreso para determinar si México es un país que “progresa”. ¿México progresa? ¿Acaso el progreso en México se limita a un programa asistencial del gobierno, consistente en dar una despensa a millones de personas sumidas en la pobreza? Cuesta creerlo. Sin embargo, una política oficial como PROGRESA, nos da una pauta de lo que significa para el actual Estado Mexicano el progreso, y por ende, la modernidad. El progreso, sería riqueza. Si México aún es pobre, es que aún no progresa. Por tanto, el asistencialismo es síntoma de que México tampoco es un país “moderno”. En realidad, es el “progreso” económico, el que se supone persigue el Estado capitalista: más capitalismo, mayor riqueza. Lo cierto es que ha sido el capitalismo el mayor generador de pobreza. Entonces ¿dónde queda el progreso?

Progreso, etimológicamente, significaría algo así como “trayecto o movimiento hacia adelante”. Y no, no podemos confundir estos términos: modernidad y progreso, si bien han figurado juntos, apuntan a aspectos muy distintos. Veamos: el progreso ha sido la fe de la burguesía europea, la fe capitalista, desde principios del siglo XIX. “Orden y progreso” no sólo ha sido la divisa del discurso político imperante en aquellos años del porfiriato mexicano, cuando el gobierno de Díaz lo adoptó como *slogan* (misma época en que se convirtió en el lema que hoy leemos en la bandera de Brasil), sino que hasta la fecha sigue inundando los discursos políticos: todos podremos recordar cómo fue lema electoral de uno de los candidatos a gobernar el Estado de Morelos. El progreso sin duda, alude a la confianza en el porvenir: el futuro será mejor a nuestro presente, y nuestro presente es mejor que nuestro pasado. Fe en el tiempo, fe en el desarrollo. Ello entraña la negación o “superación” dialéctica de las realidades, normas y modelos vigentes: había que derribar lo antiguo a fin de acelerar el tiempo y precipitar ese precioso futuro en nuestras vidas. Tal era la fe del progreso que inundó las ciencias, las políticas y los ideales de aquellas sociedades del siglo XIX.

Los nombres de Hegel, Comte, Spencer y Marx (con tesis totalmente diversas y contrapuestas entre sí), vienen a la cabeza, por no hablar de Darwin: ciertamente, el progreso, valorizado incluso en términos morales, se habría filtrado en la recepción



“Tiempos modernos”: en los engranajes de la industria.



Salvajes rindiendo culto a la tecnología del hombre blanco. Los Ewoks en la imaginería de Star Wars.

de la Teoría de la Evolución de las especies, insuflando de esta fe mística las ciencias biológicas, de manera que la flora y fauna, la vida toda, se movía en dirección ascendente hacia un fin, hacia un estado mejor que el anterior, donde el hombre es "mejor" que los animales, y donde los hombres de Occidente están "más avanzados" y por tanto son "mejores", que el resto de la Humanidad. Recordemos cómo para el sociólogo August Comte, las sociedades más avanzadas, estaban regidas por la ciencia, y donde las teológicas, pre-científicas, aunque atrasadas, estaban más avanzadas si eran monoteístas, de manera que las sociedades politeístas, regidas por la "magia" (y no por la "religión"), figuraban en el peldaño más bajo y atrasado de la evolución cultural humana. Según esto, progresar es algo moralmente bueno. Avanzar a como dé lugar entonces, pues el futuro es mejor indiscutiblemente. En esto, la fe del progreso guarda estrecha relación con la ruptura que animó los debates medievales del siglo XII cuando la *modernitas* apareció para oponerse al régimen feudal: ya desde entonces, una sociedad urbana, intelectual y universitaria, ofrecía un discurso provocativo y atractivo para la emergente clase capitalista medieval, que buscaba romper y distanciarse del orden feudal dentro del paradigma valorativo cristiano.

No es de extrañar entonces que el siglo XVIII (aún más que el XVII), aquel tiempo de las revoluciones burguesas, de los inicios de la Revolución Industrial, de la razón y la técnica, sea pues el siglo de la modernidad ilustrada. El Estado *moderno* (napoleónico), nació así, vinculado de origen, con el capitalismo industrial. Esto significa que las filosofías del siglo XIX, y las élites burguesas que se arroparon en esta, heredaron una fe cristiana, secular, cifrada en el ideal de progreso, que no era otro sino de carácter industrial y por tanto, tecnológico. Una "Divina Providencia" (la divina capacidad de "ver adelante", "más allá"), reclamada por los hombres, cuyas transformaciones técnicas se convirtieron en "mejoras", afianzadas a la Historia. La industrialización impulsada por el capital, fue sinónimo de progreso, de avance hacia el Bien supremo. El desarrollo científico no tendría en este sentido, mayor propósito que potenciar los intereses del capital. Si México es un país con carencias, tecnificarlo, industrializarlo, supuso desde el siglo XIX una bendición casi divina. Oponerse al desarrollo capitalista, y al rosario de buenas intenciones científicas

(acopladas al desarrollo industrial y tecnológico), supondría entonces, oponerse al Orden Divino de las cosas. Desde entonces, la técnica se convirtió en el moderno objeto de culto en Occidente. La "superioridad" del mundo moderno industrial y capitalista, quedaría así "demostrada" en su inigualable avance tecnológico: ¿acaso alguna tribu africana llevó un hombre a la Luna? Lo cierto es que esta línea de pensamiento jamás se ha preguntado si a los hombres africanos les interesaba acaso llevar gente a la Luna.

En este sentido, la visión histórica del marxismo, incluso durante el siglo XX, compartió la misma fe en el progreso de la Humanidad, como un logro de la Historia. De hecho, la Historia misma se convirtió tanto para el capitalismo como para la crítica marxista, en una especie de máquina, imparabile, que todo lo revolucionaria y transforma, siempre hacia algo bueno y superior. En ese sentido es innegable la matriz cristiana de esta fe en el progreso. Sin embargo hace tiempo que la crítica *post-moderna*, denunció la fe progresista del proyecto moderno. Hace un par de décadas que intelectuales universitarios y sociedades, perdieron la fe en el progreso, en la Historia. De aquel sólo pervive el discurso vacío, casi mecánico, de los políticos en campaña. Hoy difícilmente se cree en un futuro mejor. Mas el vertiginoso desarrollo tecnológico, mantiene su marcha incontenible: como un homenaje al nazismo hitleriano, la industria capitalista de hoy en día se mueve imparabile bajo el imperativo categórico kantiano, de una Razón instrumental, donde todo lo que *sea posible hacer, se debe hacer*, si de incrementar el capital se trata. El capitalismo industrial de nuestros días, carente del alma progresista que en algún momento tuvo, ya ni siquiera se detiene ante la racionalidad económica: como Armando Bartra y muchos otros pensadores han destacado en los últimos años, el capitalismo de hoy en día ya no se ocupa tanto de producir, sino de explotar la renta que produce la escasez de recursos básicos: no sólo el oro y la plata, sino también la tierra, el agua, adquieren mayor valor mercantil mientras más se les acaba. Este capitalismo ya no tiene fe en ningún progreso, sino tan sólo en su fuerza, su desarrollo técnico apuntando hacia la nada. Una máquina voraz que se alimenta de la crisis, de la destrucción, por el simple hecho de que puede hacerlo. Porque puede, es que esta máquina lo hace.

Hace siglo y medio Marx señalaba el hechizo místico del capital, que despojaba a los hombres de la capacidad de reconocerse como sujetos, forjadores y creadores de su propia realidad: las cosas, las mercancías y las capacidades tecnológicas, parecían asumir (para una humanidad enajenada, despojada de sí misma), el papel activo de la historia. El sujeto kantiano convertido en objeto de sus creaciones: el fetiche, el objeto, la mercancía, el dinero, convertido en Dueño y Señor de los seres humanos, de la Tierra y de la vida toda. Hoy en día, asistimos como autómatas, como testigos pasivos, ante los despliegues más brutales del capital y su fetichismo tecnológico, cuya única divisa es su propio avance, su crecimiento, aunque sea sin seres humanos y sin vida. Una sociedad que ya no compra para vivir, sino que vive para comprar, que vive para trabajar, que vive para el capital, es una sociedad que no se pertenece a sí misma: está enajenada. La impotencia de nuestras sociedades es análoga a la de una tuerca, que mira impotente el derrumbe de la locomotora a la que está unida. Pero esta es sólo la actitud de un sujeto que cree ser objeto y asume los intereses del capital como propios. De ahí que, como "hijos de la Ilustración", de la modernidad, y sobre todo, como devotos del progreso, nos hayamos convertido sin quererlo, en esclavos del capital, del fetiche: esclavos de su industria, su tecnología. Recordemos que la modernidad, es en principio una actitud, un punto de vista.

Para leer más:

Le Goff, Jacques: *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Ed. Paidós-Surcos, Barcelona, 2005.

Max Horkheimer y Theodor Adorno: *Dialéctica de la ilustración*, ed. Trota, Madrid, 2006.

Armando Bartra: *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, ed. Itaca-UACM-UAM, México, 2008.

La tecnología: ¿un mero instrumento?

Nuestra época es la época de la técnica, la del desarrollo del poder tecnocientífico, tanto en el orden social como en la construcción de nosotros mismos y en la transformación de nuestro entorno. Las prácticas y las formas de vida giran en torno a las nuevas fuentes de energía, a la ingeniería genética y a la revolución de los medios de comunicación que traen consigo peligros latentes a raíz de estas nuevas prácticas. Todo lo anterior son signos de los tiempos, donde la tecnología configura no sólo la vida sino la *visión* de la vida.

Como afirmará el filósofo español Josep María Esquirol: "esta visión es muy particular y comprenderla es una labor que no se puede evitar porque se trata de nuestra orientación, porque sólo en la medida en que podemos comprender nuestra situación podremos ser capaces de actuar y decidir". De aquí que se haga necesario comprender por qué y cuáles son las consecuencias para que el fenómeno tecnocientífico se encuentre en el centro de nuestra vida. Para entender el papel y el poder de la técnica en nuestras sociedades actuales, sobre todo en referencia a la naturaleza, recurriré a una idea muy esclarecedora presentada por J. M. Esquirol. Este filósofo afirma que el poder técnico del que han dispuesto los hombres a lo largo de la historia (y que ha sido utilizado para defenderse frente a las adversidades de la naturaleza, para la transformación de la misma o para luchar contra los otros), ha generado cambios de grandes proporciones en la era contemporánea.

El punto clave se encuentra en dos frases: la primera tomada de *Prometeo encadenado* escrito por Esquirol en el siglo V a.C., representante de la tragedia griega, que nos ayuda a entender la relación entre la técnica y la naturaleza en su tiempo: "La técnica es mucho más débil que la necesidad"; la segunda frase es del texto titulado *El paradigma bioético* de Gilbert Hotto, filósofo belga especialista en cuestiones éticas referentes a la tecnociencia, que nos muestra la forma en que esta relación aparece en la actualidad: "La tecnociencia trastorna, hace estallar, física y conceptualmente, el mundo y el orden llamado natural".

Ambas expresiones nos marcan el inicio y el fin de un trayecto. En la visión de los griegos la naturaleza era el referente más importante para la vida. *La necesidad*,

en la frase de Esquirol, se refiere a la naturaleza y es precisamente la necesidad la que regula la misma naturaleza, la necesidad que ningún hombre puede transgredir, la que pone los límites de todo proyecto técnico. La naturaleza aquí es límite y la orientación. Pero como podemos constatar, en nuestros días esto ya no es así, la naturaleza es remplazada por la técnica, desde donde recibimos protección y pautas de comportamiento. El poder técnico se ha mostrado mucho más fuerte que la necesidad. A partir de aquí enfrentamos la aparición de un poder inédito unido a este rasgo: la cultura tecnocientífica se encuentra en la alianza entre la ciencia y la técnica formando un poderoso sistema. Este sistema tiene una visión que trae consigo el interés puesto en la modificación del mundo, traducido en operatividad y productividad. Y ello nos lleva a otra relación igual de estrecha entre el sistema tecnocientífico y el sistema económico. Esto quiere decir que no hay neutralidad en el interés de las grandes empresas a la hora de financiar una investigación. Para entender mejor esta relación el filósofo español pone un ejemplo claro se trata del caso de



Dra. Samadhi Aguilar
Facultad de Filosofía, UAEM

la biotecnología en relación a su nexa con el sistema económico, ya que para esta actividad son necesarias investigaciones punteras con fuertes inversiones de recursos económicos. Estos son puestos principalmente por empresas privadas, pero también públicas, y no son desinteresadas. Las grandes empresas, contratan a grupos de investigación, biólogos moleculares sobre todo, que se dedican a investigar con fines comerciales los mapas genéticos de los seres vivos, convirtiendo así a los genes en el nuevo oro del futuro.

Si tomamos a la ciencia y la técnica como el sistema planteado, ya no vemos tal sistema como un mero instrumento, ahora éste es el protagonista y representante de nuestra visión y modo de vida. J. M. Esquirol caracteriza en estos rasgos principales nuestra era tecno-científica donde la ciencia y la tecnología muestran el mundo de una determinada manera. De hecho cabe tomar en cuenta que cualquier técnica trae consigo una manera diferente de ver el mundo. El problema que el filósofo alemán Martin Heidegger ve en la visión técnica moderna, la que hoy es caracterizada bajo los rasgos ya mencionados, se encuentra en su esencia, en la visión del mundo que subyace en la relación tecnológica con él, y no en la tecnología misma. Heidegger lo explica de la siguiente manera:

“El hacer salir de lo oculto que prevalece en la técnica moderna es una provocación que pone ante la Naturaleza la exigencia de suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada. Pero ¿no es esto válido también para el antiguo molino de viento? No. Sus aspas se mueven al viento, quedan confiadas de un modo inmediato al soplar de éste. Pero el molino de viento no alumbrará energías del aire en movimiento para almacenarlas”.

El hacer salir de lo oculto significa la manera en que las cosas aparecen y son, es decir, el cómo aparece el mundo o la realidad actual ante nosotros es una forma en que el hombre lo hace aparecer. Heidegger explica la técnica moderna como aquella forma en que hacemos que las cosas sucedan o aparezcan; en el caso de la era de la tecno-ciencia, de manera violenta y sin cuidado. Es decir, el hombre en su modo de hacer y de vivir extrae, almacena y pone a disposición todo con lo que se relaciona incluyendo a la naturaleza y al hombre mismo. Ahora por ejemplo, y como el mismo Heidegger lo explica: “La agricultura es ahora industria mecanizada de la alimentación. Al aire se lo emplaza a que dé nitrógeno, al suelo a que dé minerales, al mineral a que dé, por ejemplo, uranio, a éste a que dé energía atómica...”. A eso también se refiere Hottot cuando afirma que la tecno-ciencia hace estallar física y conceptualmente al mundo y su orden natural. Heidegger contraponen esta forma de hacer con la técnica antigua, la *techné* griega; esta manera de entender la técnica tiene una forma específica de relación del hombre con la naturaleza que implicaba el cuidado de ésta, porque toda implementación técnica, tanto por artesanos o artistas, recibían significado y legitimación por la naturaleza misma.

Ahora es tiempo de preguntarnos qué tiene que ver lo expuesto con la manera de vivir que tenemos. Pues bien, resulta ser que la esencia de la técnica moderna



o tecnología hoy tiene su fundamento en la estructura que constituye nuestro horizonte de comprensión, esto quiere decir que la tecnología o la técnica moderna no es sólo una herramienta, un medio sino que es un modo de interpretación del mundo que no sólo determina los medios de ocio, sino toda actitud del hombre en su vida. Se trata de esa estructura que permite pensar que todos los recursos, no sólo las máquinas, la materia prima o los energéticos, también los hombres en su calidad de objetos, estén en un *stock*, a disposición. La naturaleza se convierte en el almacén de materia prima y energía.

Baste como ejemplo la actual actividad minera que se concreta en la violenta extracción y almacenamiento de recursos para poner a disposición oro o plata, y cuya forma de extracción no tiene nada que ver con el “natural orden del mundo”. Ahora ya no se siguen las betas para la extracción del mineral sino que se explota o se “obliga” a la tierra a dar lo que de por sí no da, a través de tecnología que hace decantar de las rocas el mineral. Seguramente el lector se estará preguntando qué hay de malo en ello: extraer metales de la tierra ha sido un antiguo trabajo. El peligro está en que para obtener oro y plata, hoy en día es necesario extraer una tonelada de piedra y pulverizarla, luego depositar la roca pulverizada en grandes tinas de agua, con sustancias altamente tóxicas que acaban con la vida en la tierra. Para llevar a cabo este procedimiento es necesaria la devastación de tierras de cultivo, flora y fauna que permiten la vida de los habitantes del lugar, sin mencionar la destrucción de los referentes simbólicos que constituyen sus paisajes y permiten dar sentido y continuidad a su hacer como hombres; no sólo eso, después de utilizar las sustancias tóxicas, éstas quedan al aire libre o bien, se filtran en los mantos freáticos contaminándolos, dejando para todos los seres vivos que habitan la región enfermedades y muerte. Este tipo de proyectos son cada vez más frecuentes México y en general, toda Latinoamérica se ve amenazada por empresas mineras extranjeras como Esperanza Silver, que pretende en el Estado de Morelos hacer una mina a tajo abierto. A la pregunta qué es lo que hace posible concebir y llevar a cabo estos proyectos, queda respondida en la caracterización de nuestra era tecno-científica que se rige por la consigna de obtener mayor beneficio al menor coste, que ve en todo un objeto a su disposición para ser utilizado. Visto desde aquí ya no es posible pensar en la tecnología o técnica como mero instrumento: ahora el peligro está en que nuestra realidad se reduzca a pura voluntad técnica, tal como lo piensa J. M. Esquirol.

Con lo expuesto no se pretende un planteamiento maniqueo, no se trata de “satanizar” la tecnología pero tampoco de hacer recaer en ella la salvación humana. Cultura y técnica constituyen los modos que el hombre tiene de ser en el mundo, y la relación que se establece entre ellos es característica. Se trata pues de pensar que aquello que orienta y da sentido a la vida no debe ser forzado por un dispositivo técnico que acabe con la naturaleza a modo de una central hidráulica, sino por dispositivos que trabajen como un mecanismo análogo al molino de viento; este ejemplo es expuesto por Heidegger de manera clara: la central hidráulica provoca

las energías de la Naturaleza que se disponen a promover e impulsar la mayor eficacia en la utilización con el menor gasto. Esta forma de "hacer salir lo oculto", en palabras de Heidegger, extrae y violenta a la Naturaleza para obtener energía y almacenarla. En el caso del molino de viento sus aspas se mueven con el viento, y quedan a merced de éste. El molino de viento no obtiene energía para almacenarla y ponerla a disposición. El modo de operar es el siguiente:

"La central hidroeléctrica está emplazada en la corriente del Rin. Emplaza a ésta en vistas a su presión hidráulica, que emplaza a las turbinas en vistas a que giren, y este movimiento giratorio hace girar aquella máquina, cuyo mecanismo produce la corriente eléctrica, en relación con la cual la central regional y su red están solicitadas para promover esta corriente. En la región de estas series, imbricadas unas con otras, de sollicitación de energía eléctrica, la corriente del Rin aparece también como algo sollicitado. La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rin como el viejo puente de madera que desde hace siglos junta una orilla con la otra. Es más bien la corriente la que está construida en la central. Ella es ahora lo que ahora es como corriente, a saber, suministradora de presión hidráulica (...) Pero, se replicará: el Rin sigue siendo la corriente de agua del paisaje. Es posible, pero ¿cómo? No de otro modo que como objeto para ser visitado, susceptible de ser sollicitado por una agencia de viajes que ha hecho emplazar allí una industria de vacaciones".

Desde luego lo que se pone en crítica es la visión del mundo que ve en todo un recurso del cual se obtiene el mayor beneficio al menor esfuerzo. Así es como la técnica será la consumación y consecuencia de un modo de pensar calculador, tanto es así que el hombre llega al punto de no poder relacionarse con la realidad si no es mediante el control-dominio de ésta. La crítica primordial radica en que el hombre ha tomado el lugar de la máquina y el mundo se ha transformado en una fábrica única.

Cuando re-pensamos la relación entre el hombre y la naturaleza no estamos hablando de regresar del todo a ella, pero tampoco se trata de mantener la relación arbitraria y egoísta que ha establecido el hombre con ella, es decir, se trata de

pensar en una relación menos calculadora y más de respeto, un saber decir «sí» y «no» ante los dispositivos tecnológicos, como afirma el filósofo J.M. Esquirol. Vivir en la era de la tecnología no sólo supone disponer de aparatos tecnológicos costosos y estar inmersos en complejos sistemas de información sino que implica también estar sumergidos en una manera de mirar y entender el mundo y la vida. Es el respeto el que garantiza la subsistencia del mundo humano, afirmará el filósofo, y junto a ello la siguiente formulación: *el orden –las cosas– que respetamos y servimos es, a la vez, el orden que nos sirve y permite nuestra vida.*

Actitud que nos vincula con el mundo y las cosas, aunque existe el peligro de que el hombre se ahogue en la segunda naturaleza que él mismo produce cultural y técnicamente. No en vano ya Mery Shelly invadida por la misma inquietud escribe su *Frankenstein o el moderno prometeo*, publicado en 1818 cuyos temas principales giran en torno al atrevimiento del hombre con su inédito poder que puede científicamente destruir y crear vida, compitiendo así con el poder divino, de modo que el hombre se convierte como en un prometeo robando el fuego o el *logos* divino. Pero Shelly nos deja ver que nuestras creaciones son monstruosas si no hay en ella cierta reflexión ética en torno a la actividad científica. En fin, se trata pues de tener una relación y actitud donde la cultura y la técnica cuide y potencialice los elementos más propiamente humanos. No se trata de renunciar a nuestro gran e inédito poder sino de darle su justo valor, entendido como elemento a disposición por y para el hombre. La pregunta fundamental radica en saber si estaremos a la altura frente a este gran poder.

Imágenes tomadas del libro "La ciudad" de Frans Masereel.

Para leer más:

Esquirol, J. M. *El respeto o la mirada atenta. Una ética para la era de la ciencia y la tecnología*, ed. Gedisa, Barcelona, 2006.

Heidegger, M. «La pregunta por la técnica». En *Conferencias y artículos* (pp. 9-32), Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001.

Heidegger, M. «La época de la imagen del mundo». En *Caminos del bosque* (pp. 63-90), ed. Alianza, Madrid, 2003.

Hottoi, G.: *El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia*, ed. Anthropos, Barcelona, 1991.



◆ AGOSTO ◆

Diario a tres voces

Al principio todo es bien bonito

Museo Regional Cuauhnáhuac- Palacio de Cortés
Auditorio Juan Dubernard

JUEVES 1

19:00 HRS.

ENTRADA GRATUITA

Diario a tres voces Dir. Otilia Portillo Padua Documental México / 2012 / 61'

Diario a tres voces describe las historias de amor de tres mujeres de distintas generaciones: una adolescente, una mujer madura, y mi tía abuela de 90 años OTILIA PORTILLO PADUA



<http://exposicionescuauhnahuac.blogspot.mx>

<http://cineclubpalaciodecortes.blogspot.mx>

Tina Modotti
IMÁGENES DE UNA PASIÓN

Museo Regional Cuauhnáhuac-Palacio de Cortés

Exposición Fotográfica Temporal
Hasta el 25 de agosto

Cuernavaca, Morelos
www.inah.gob.mx
www.morelos.inah.gob.mx
www.facebook.com/PalaciodeCortes
palaciodecortes@inah.gob.mx
Tels. (777) 312.69.96 y 310.18.45
Ext.258102

CONACULTA



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

www.morelos.inah.gob.mx

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez

Israel Lazcarro Salgado

Luis Miguel Morayta Mendoza

Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado

Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores